

circunstancias, puesto que Garcia de la Cadena había sido desalojado de sus puntos y tenido que replegarse en retirada hasta la hacienda de Contla y el General Martinez estaba batiéndose personalmente sin poder observar que el enemigo se desbandaba en grandes masas, de suerte que era ya imposible saber aprovechar aquella brillante aunque momentánea oportunidad.

Solamente en la guerra admito yo como indispensable la unidad del mando, acompañada de la energia, de la resolucion rápida y hasta del despotismo, para obligar á todos á obedecer, de manera que resulte una precision absoluta de las maniobras.

El camino de la retirada fué tomado instintivamente por los primeros que se vieron precisados á emprenderla, y por fortuna era tan angosto y accidentado, que el enemigo tuvo que abandonar muy pronto la persecucion que nos hacía, tanto más cuanto que ya habia llegado la noche y con ella las sombras que favorecen el desbandamiento de los hombres forzados; pero siguió otra persecucion todavía que fué la de los rancheros que nos salian armados de mosquetes empeñados en obtener tambien un botin de aquella derrota. Cada vez que por encima de las lomas ó al tener que cruzar la espesura de un bosque ó la profundidad de un barranco, se presentaba un grupo de rancheros disparando sus armas sobre los desmoralizados fugitivos, éstos soltaban el caballo que llevaban estirando, la mula con el equipaje y hasta las armas que les servian para su defensa, echando á co-

CAPITULO XLI.

ATAQUE A VILLANUEVA.

¡Terrible enseñanza para nuestros caudillos fué la batalla de Lo de Ovejo, haciéndoles ver que en la guerra no se puede prescindir de la unidad en el mando ni de que haya una sola cabeza que piense y ordene, y muchos brazos que ejecuten!

Si bien es cierto que en nuestra huida desatentada la tropa perdió un setenta y cinco por ciento de su entusiasmo, tambien lo es que hubo momentos en que se reanimó, los cuales hubieran sido aprovechados si un jefe bajo su esclusiva responsabilidad se hubiera encargado de dirigir las operaciones militares. Por ejemplo si cuando cargó el general D. Pedro Martinez con la caballería hubiera habido alguno que concentrara la segunda línea, enteramente inútil, formando columnas de combate que apoyaran á aquél por los flancos, este solo empuje habría bastado para desviar la victoria; pero no había cabeza en aquellas

rrer en todas direcciones, sin oponer ninguna resistencia. Muchas veces intentamos los gefes que íbamos mezclados entre aquella muchedumbre desorganizada, poner orden á la huida frenética en que habíamos sido arrastrados, principalmente al observar que nadie nos perseguía; pero á lo mejor alguno gritaba con voz sepulcral.

—¡Ahí viene Guadarrama!

Y todos echaban á correr desafortadamente.

En una vez el valiente Osorio, aunque iba herido, creo que también Toledo y algunos otros oficiales, nos propusimos introducir el orden en marcha, apoderándonos de una puerta de golpe por donde era indispensable que todos pasaran puesto que no había otro camino: con las espadas desnudas y las pistolas amartilladas, formábamos á cuantos iban llegando, aun cuando pertenecieran á diferentes cuerpos de caballería, pues ya de infantería no nos quedaban ningunos, porque se habían fugado por las montañas los que quedaron en poder del enemigo y habíamos conseguido imprimir á la marcha cierta regularidad, cuando de repente se oyeron unos tiros á la retaguardia y la huida volvió á ser precipitada, loca, convenciéndonos de que era imposible comunicar valor, ni vergüenza, ni mucho menos disciplina á gentes á quienes la derrota desembaraza de todas sus obligaciones.

Descansamos dos horas en la hacienda en donde se encontraban hacia algun tiempo el general en gefe y todos los que habian sido derrotados en el ala derecha, lo mismo que los gefes y oficiales de la 2.^a lí-

nea que no habia tenido por conveniente dispersarse hacia otros rumbos, y despues de ese pequeño descanso en que apenas hubo tiempo para procurarnos con suma dificultad algun bocado que no habíamos probado hacia treinta horas, continuamos nuestra marcha si no con mas orden al menos con una poca mas de calma.

Con la luz de la luna subimos la peligrosa cuesta del Carnero, rodeada de abismos, pero como era tal el cansancio de todos, se despreciaba el peligro y se prefería ir durmiendo sobre el caballo. No sé si alguno rodaria á aquellas profundidades á causa del sueño y desfallecimiento que eran generales á todos, lo que fui yo, varias veces estuve á punto de caerme cuando el sueño me vencía y daba inconscientes cabezadas á diestro y siniestro, haciéndome aflojar las piernas y soltar los estribos. Abria los ojos, miraba á la luna, bajaba la vista que encontraba á uno y otro lado oscuros precipicios á pesar de la claridad y lograba mantenerme un minuto firme para ver á poco otro, dominado por un sueño que parecia invencible. Muchos habia que deseaban llegar cuanto ántes á un lugar plano para acostarse allí á dormir, aunque despues fueran hechos prisioneros por el enemigo.

Cuando estuvimos á los dos ó tres dias cerca de la risueña poblacion de Zamora, que era el punto á que nos dirigíamos para restaurar un poco nuestras fuerzas perdidas, fué cuando verdaderamente pudimos formarnos una idea del estado de reduccion en que se encontraban nuestros elementos de guerra. Cien-

to cincuenta hombres de Carabineros de México con una parte de su banda y de sus batidores, doscientos de Rifleros y cerca de doscientos mas de diversos piquetes de caballería, era la gente de combate, los demás eran generales, gefes, oficiales de las divisiones, brigadas y cuerpos que habian acabado, lo mismo que un número considerable de asistentes, artilleros, mozos de ambulancia etc., entre los útiles y los inútiles un total de cerca de mil hombres. Se organizó como mejor se pudo á toda aquella gente, y haciendo nuestras trucas bandas el ruido que pudieron, entró triunfalmente nuestro ejército por las calles principales de Zamora, en donde ¿quién lo creeria? fuimos recibidos con entusiasmo, como si en vez de derrotados, hubiéramos llegado victoriosos. Bien es que en Zamora se habia pronunciado hacia poco tiempo, el general Ruiz, y en otras poblaciones del Estado no escaseaban nuestros correligionarios, los unos armados ya y los otros esperando que nosotros pudiéramos armarlos.

De allí pudimos salir á pocos dias algo mejor organizados, pues habiéndose quedado el general Huerta en su terreno con un buen cuadro de oficiales, quedando cumplidos sus vehementísimos deseos, la causa quizás de nuestras desventuras, se pudieron agregar los dragones vueltos á los dos cuerpos de caballería de que se habia salvado mayor número, mientras el general Garcia de la Cadena con gefes como Toledo, Miranda, Garcia y otros se dedicaban tambien á organizar dos ó tres escuadrones. Cuando salimos de

Zamora podíamos disponer de cosa de unos seiscientos hombres de combate, todos de caballería.

Con estos hicimos una travesía verdaderamente admirable hasta tocar el Estado de Zacatecas por en medio casi de las columnas enemigas que ocupaban los Estados de Michoacan, Guanajuato, Jalisco y Aguascalientes, tomando por el cañon de Juchipila, para ir á aparecer al frente de Villanueva, ciudad de recursos en donde debíamos tener algun descanso para emprender de nuevo nuestras operaciones militares. En el Estado de Zacatecas, contando con la popularidad del general Garcia de la Cadena y con algunas armas y pertrechos de reserva, era en donde íbamos á vernos muy pronto con una fuerza de dos ó tres mil hombres que nos permitiera hacerle frente á cualquier enemigo mientras algunos otros Estados de los que no nos faltaban promesas, se pronunciaban. No habíamos dejado de escribir entre otros á Treviño y Canales quienes nos habian dejado traslucir algunas esperanzas.

Como dije ántes, llegamos al frente de Villanueva en donde debíamos repararnos de nuestras fatigosas marchas y de nuestra caballada que ya apenas podia con nosotros, cuando ¡oh dolor! vamos viendo que la plaza estaba fortificada y las alturas ocupadas por gentes furiosas que nos recibieron á balazos.

Entonces ví lo que no habia visto nunca y lo que seguí viendo despues en varias ocasiones: poner sitio en forma con caballería á una plaza fortificada. Los dragones echaron pié á tierra y tomaron otras altu-

ras para hacer fuego al enemigo con objeto de servir de sosten á nuestras columnas de ataque. Por fortuna en la madrugada del siguiente día que era cuando debíamos dar el asalto, tuvimos que levantar el sitio para hacer frente al general Donato Guerra que se dirigia contra nosotros con toda la guarnicion de Zacatecas, compuesta de unos ochocientos hombres, toda infanteria.

Iba á trabarse un combate pues, en que si era segura nuestra derrota, era seguro tambien que el enemigo no podia darnos alcance. A pesar de esto, al primer choque con el enemigo, uno de los nuevos cuerpos de, García de la Cadena que iba á la vanguardia, volvió caras y echó á correr con sus gefes á la cabeza en tan precipitada fuga, que no nos fué posible contenerlos ni aún haciendo uso de la fuerza. Yo tenia una escolta de cincuenta hombres de oficiales y hombres que pertenecian á piquetes y escoltas para cuidar el flanco de nuestra columna de las de Villanueva y con ella quize interrumpir el paso á los fugitivos, aumentó la confusion, pues creyéndonos enemigos echaron á correr por una loma en donde estaban nuestros nuevos equipajes arrastrándolos consigo en la fuga.

Entre tanto los Martinez y Orellana habian dado una carga brillante con dos secciones de Rifleros y Carabineros, logrando meter en desorden al enemigo, el cual aumentó á consecuencia de haber caido herido del caballo el gefe de la fuerza, general Donato Guerra. Entonces ya solo se ocuparon de poner en salvo al herido tomando el rumbo de Villanueva, no

sin sufrir grandes pérdidas en el pequeño alcance que pudo darles nuestra caballería.

Por fortuna en aquella jornada que habian estado viendo los de Villanueva desde las torres en número de 150 hombres, no salieron éstos á tomar parte, sirviéndoles de respeto la humilde fuerza que yo tenia colocada á la izquierda del camino sobre una ladera, pues que si hubieran discurrido hacer cualquier movimiento de fijo somos los derrotados. Entonces fué cuando ví al general García de la Cadena dando muestras de gran valor y audacia: con la espada desnuda y hablando siempre con rigor á los suyos hasta enronquecerse, procuraba llevarlos al combate, sin observar de cuantos era seguido, unas veces de cien, otras de cinco y otras de nada, pero volviendo á la carga siempre con ímpetu, siempre con indomable energia.

Los que alcanzaron sin embargo la victoria, si el nombre de victoria puede darse á aquella escaramuza, fueron Martinez y Orellana que dieron cargas terribles y repetidas al sable por haberse agotado el parque metálico á la caballería hasta hacer replegarse al enemigo á la plaza de Villanueva.

Nos dirigimos violentamente para Zacatecas, cuya plaza habia quedado desmartelada, huyendo las autoridades juaristas para Aguascalientes en cuyo camino tuvieron que abandonar en poder de los nuestros unos carros con parque y armamento que habian tenido tiempo de llevarse.

Como lo que más necesitábamos eran recursos de dinero, pues la tropa comenzaba á manifestar disgus-

to por la falta de salario, lo primero que hizo Garcia de la Cadena fué decretar un empréstito repartido entre las casas principales, decosa de unos treinta mil pesos, nombrándome Comisario interino para recibirlo. Me fueron pagados en el mismo dia veintidos mil y contentos con ellos ya no quisimos recibir más, porque no habia en que llevarlos y teníamos que evacuar la ciudad en la noche, porque gruesos trozos de cuerpos de ejército habian sido movidos de todas las plazas fuertes para batirnos. Probablemente la ocupacion de Zacatecas despues de nuestra completa derrota en «Lo de Ovejo» causó alguna impresion al gobierno que ya no esperaba volver á oír hablar de nosotros, pues que en el acto se decretaron las facultades extraordinarias con el cortejo de las disposiciones *ad terrorem* que siempre se decretaban en abundancia para sofocar cada revolucion, no encareciéndose los ejemplares de la ejecuciones en masa para hacer terrible y respetado el gran principio de autoridad de que era celoso conservador D. Benito Juarez.

Caminamos toda la noche y en la Villa de lo perteneciente al mismo Estado de Zacatecas y que fué ocupado sin dificultad, se hizo la division de los caudales entre los dos gefes de fuerza que en aquel mismo dia debian separarse, tanto para no presentar un solo bulto al enemigo como para dar un amplio desarrollo á sus operaciones militares, tanto más cuanto que cada cual tenia su terreno conocido, su teatro propio en que le era mas fácil maniobrar y aumentar sus elementos.

Con fé y actividad estaban seguros ambos caudillos de volver á encontrarse sobre el campo para presentar una gran batalla al enemigo, en que fueran enmendados todos los errores de lo pasado que habia sido un modelo de imprudencias, y casi, casi, de tonterias.

Estaban seguros de no volver á creerse de promesas engañosas como las que les hicieron ir á Guadalajara despreciando la victoria con que les brindaba la oportunidad, desde las puertas de San Luis hasta Lagos y tal vez hasta el desgraciado puerto de Toluatlan.

En Villa de Cos nos despedimos de Garcia de la Cadena, quien se quedó con una columnita de unos 250 á 300 hombres, mientras nosotros con cerca de 500 penetramos audazmente al Estado de San Luis Potosí, con objeto de recoger algunas partidas mandadas por Ignacio Martinez y otros gefes, restos muy pobres del desastre que hacía dos meses habia sufrido el general Aguirre.